

Comentario del Evangelio 18 -25 noviembre

El horizonte de la vida

Santiago Guijarro.

En estas dos últimas semanas del año litúrgico, las lecturas de la liturgia dominical nos invitan a dirigir nuestra mirada hacia el final y, con la ayuda de dos imágenes poderosas e intrigantes, tratan de dar densidad al tiempo presente, a este aquí y ahora en que los cristianos estamos como peregrinos en cada época.

EL HIJO DEL HOMBRE

La primera de las dos imágenes domina la escena en el pasaje que leemos este domingo. Esta escena concluye la larga confianza que Jesús hace a sus discípulos más cercanos al final de su actividad pública en el Evangelio de Marcos. Es una imagen poderosa, cuya aparición va precedida de signos que anuncian de forma inequívoca la actuación de Dios. En el contexto de este discurso de despedida de Jesús, que ha descrito las penalidades que sus discípulos tendrán que sufrir, este anuncio contiene un mensaje liberador. De hecho, la única acción que se le atribuye a este Hijo del hombre que vendrá entre las nubes es el envío de los mensajeros divinos para reunir a todos los elegidos dispersos por los cuatro vientos.

La comunidad cristiana, que en el tiempo de la historia sufre penalidades y anhela la patria prometida, sabe que la salvación viene del Señor y ve en este anuncio de Jesús un motivo de esperanza y una razón para seguir viviendo según su enseñanza.

EL REY DE OTRO MUNDO

La segunda imagen, poderosa y desconcertante al mismo tiempo, es la del “rey humillado”. Despojado de sus vestiduras y de su dignidad, con las manos atadas y sin nadie que le apoye, comparece ante Pilato, la máxima autoridad de Judea. El diálogo que mantienen planea sobre un malentendido. Jesús reconoce ante el prefecto que es rey, pero aclara que no lo es en el sentido que esta palabra tenía y tiene para la mayoría. Todas las imágenes de poder y de dominio que en la Biblia se atribuyen a Dios quedan redefinidas en esta conversación. Jesús es Rey, pero su reinado no tiene que ver con el dominio y el poder, sino con la Verdad. Para eso ha venido él a este mundo: para dar testimonio de la Verdad; no de la verdad con minúsculas, sino de la Verdad con mayúsculas: la verdad sobre Dios, que es también la verdad sobre el hombre.

El Hijo del hombre que viene entre las nubes y el Rey de otro mundo nos sitúan ante el horizonte de una vida que recibe su sentido más profundo de Dios.